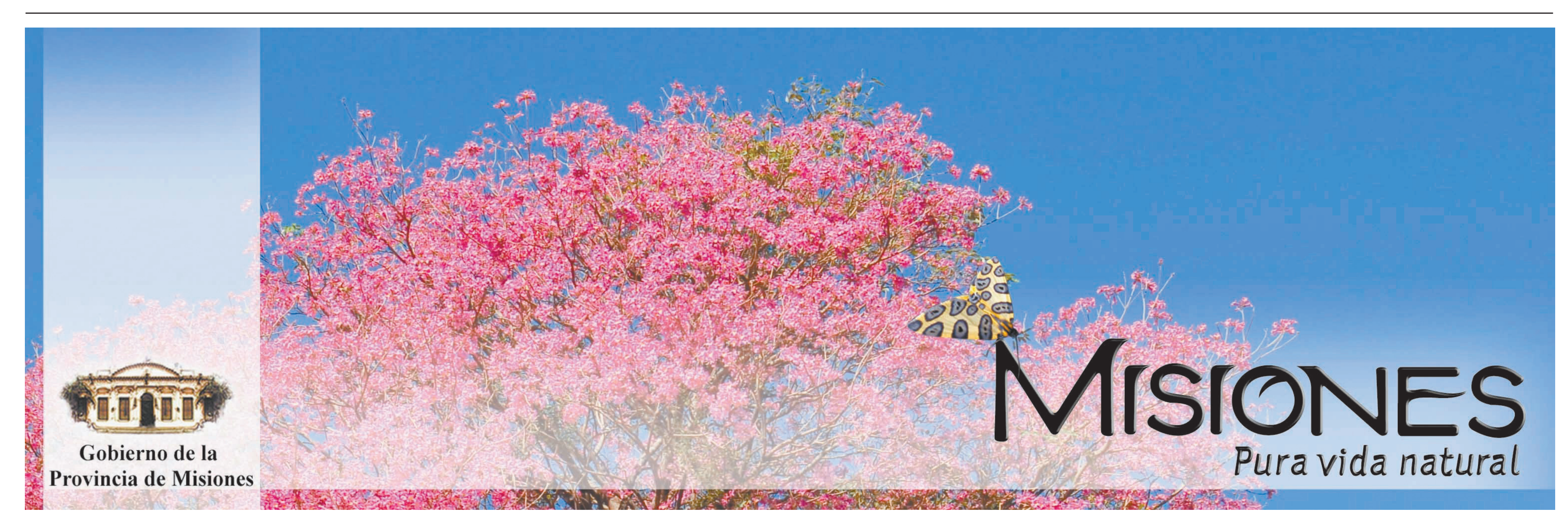
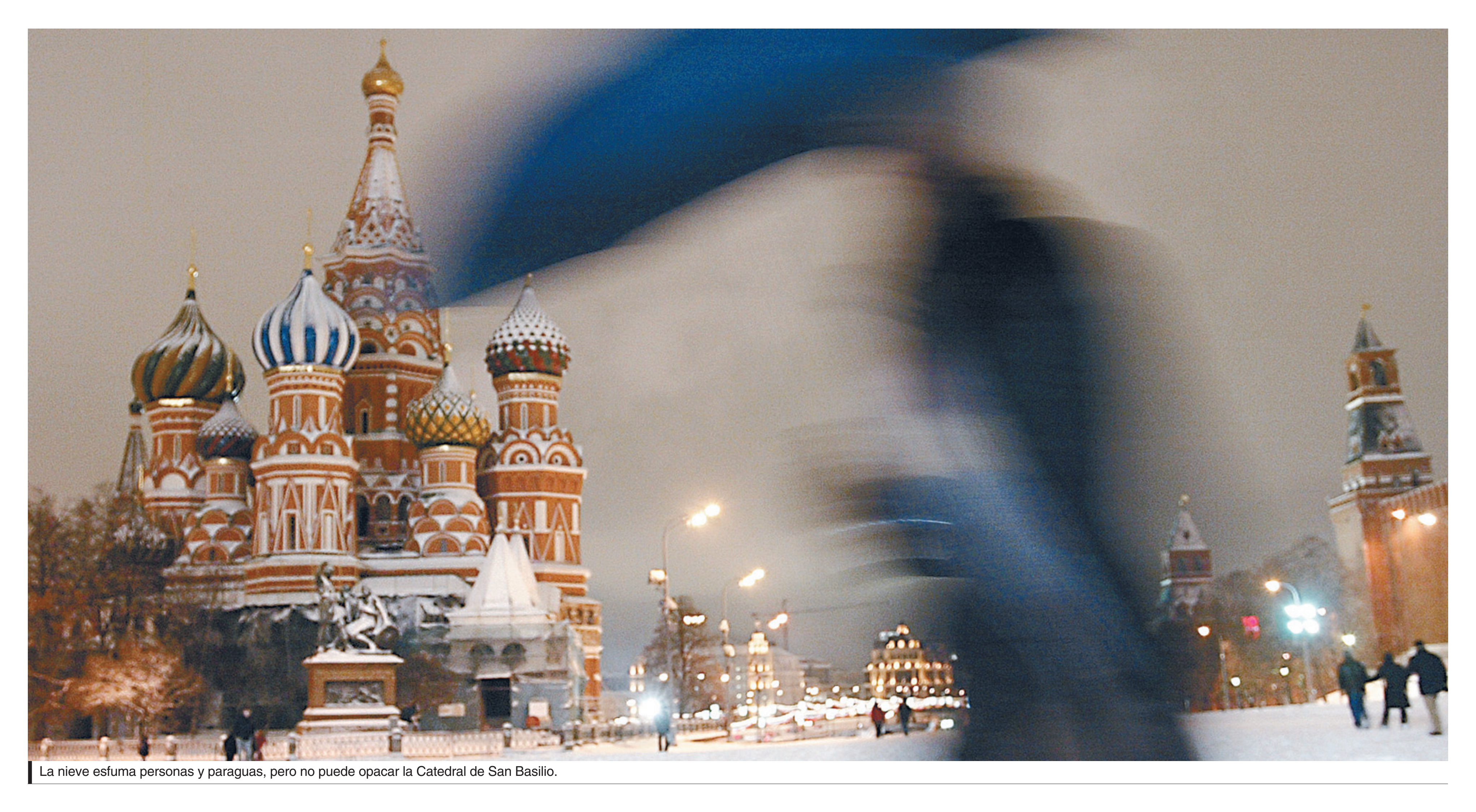
SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12
DOMINGO 20 DE AGOSTO DE 2006

Turismo 12

SUEÑOS DE LA CUMBRECITA

En las sierras cordobesas, una idílica y muy ecológica villa centroeuropea.





La nieve esfuma personas y paraguas, pero no puede opacar la Catedral de San Basilio.

POR GRACIELA CUTULI

RUSIA *De paseo por Moscú*

Muñecas rusas

Una visita a Moscú, la puerta al fascinante mundo ruso, la ciudad que como las clásicas *matrioshkas* va develando poco a poco sus múltiples caras, desde el pasado imperial hasta la era soviética.

Es apenas la puerta de entrada hacia la inmensa Rusia, y es también un mundo aparte. La primera impresión con la que impacta Moscú en las primeras horas es duradera, y será también una de las últimas cuando el avión haya vuelto a despegar después de un viaje cargado de emociones y expectativas cumplidas: estamos lejos, muy lejos, de la Europa conocida y familiar de las grandes capitales occidentales. Familiares aunque sea a través de relatos, de fotos, de libros. Y no es que no los haya sobre Moscú sino que todo aquí resulta diferente, empezando por el idioma y el alfabeto, que pone una barrera infranqueable a las indicaciones de las calles y los carteles de los negocios. No hace falta mucho más para sentirse en un territorio exótico, pero al mismo tiempo muy atractivo: la tradicional hospitalidad rusa, que puede descubrirse apenas se levanta la cortina de desconfianza que imponen los primeros contactos con un turista, ayuda a que Moscú nos reciba con los brazos abiertos. Y lo que nos espera es un mundo de historia, arte y arquitectura de una belleza imperecedera, a pesar de los muchos y agitados vaivenes de la historia rusa, desde la más antigua hasta la más reciente.

EL CORAZON, LA PLAZA ROJA Aquí está el corazón de "todas las Rusias", de este país misterioso y multiforme al que los mapas parecen quedarle chicos, pero que a pesar de su diversidad logra tener una identidad propia desde las fronteras con Finlandia y los Países Bálticos, en el oeste, hasta los límites con China y Mongolia, en el este. En ruso, la Plaza Roja suena a algo parecido a *Krásnaya ploshchad*, y es un punto fundamental a ubicar en nuestros planos porque de aquí parten, en todas direcciones, las principales calles de Moscú. La ciudad más cara del mundo, según las últimas estadísticas internacionales.

A pesar de sus connotaciones pseudo soviéticas, la Plaza Roja no se llama así por el color que identifica al comunismo, ni por el color de los ladrillos que revisten los edificios circundantes: el nombre deriva de una palabra que hoy significa rojo, pero que antiguamente quería decir "bonito". Y vaya si es bonita esta plaza donde se recortan contra el cielo azul de finales del verano las cúpulas coloridas y fantasiosas de la Catedral de San Basilio. Siglos atrás, los edificios de la plaza eran de madera, peligrosos por su propensión a los incendios, hasta que fueron reformados por Iván III, el primer zar formalmente llamado de este modo, padre del famoso "Iván el Terrible". Iván III, considerado como fundador del Estado ruso, convirtió la zona en un lugar adecuado para los mercados y las ceremonias públicas, como las multitudinarias coronaciones de los zares.

Sin embargo, es probable que en poco tiempo más el panorama se vea cambiado si prosperan los proyectos de construir nuevos hoteles, centros comerciales y condominios de lujo, además de un estacionamiento subterráneo en una antigua galería de la Plaza Roja. A menos de 100 metros de la Catedral de San Basilio, no es de extrañar que muchos pongan el grito en el cielo por el peligro que corren los cimientos de los edificios históricos.

La Catedral de San Basilio, oficialmente llamada Catedral de la Intercesión de la Virgen en el Montículo, fue construida por orden de Iván el Terrible entre 1555 y 1561. Una proeza, dadas las características de este hermoso edificio de cúpulas en forma de bulbo que coronan un conjunto de nueve pequeñas capillas unidas a través de una torre central. Según la leyenda, una leyenda a la altura de su nombre, Iván el Terrible ordenó cegar al arquitecto Yakovlev, autor del edificio, para evitar que pudiera superar en otra obra la belleza de San Basilio.

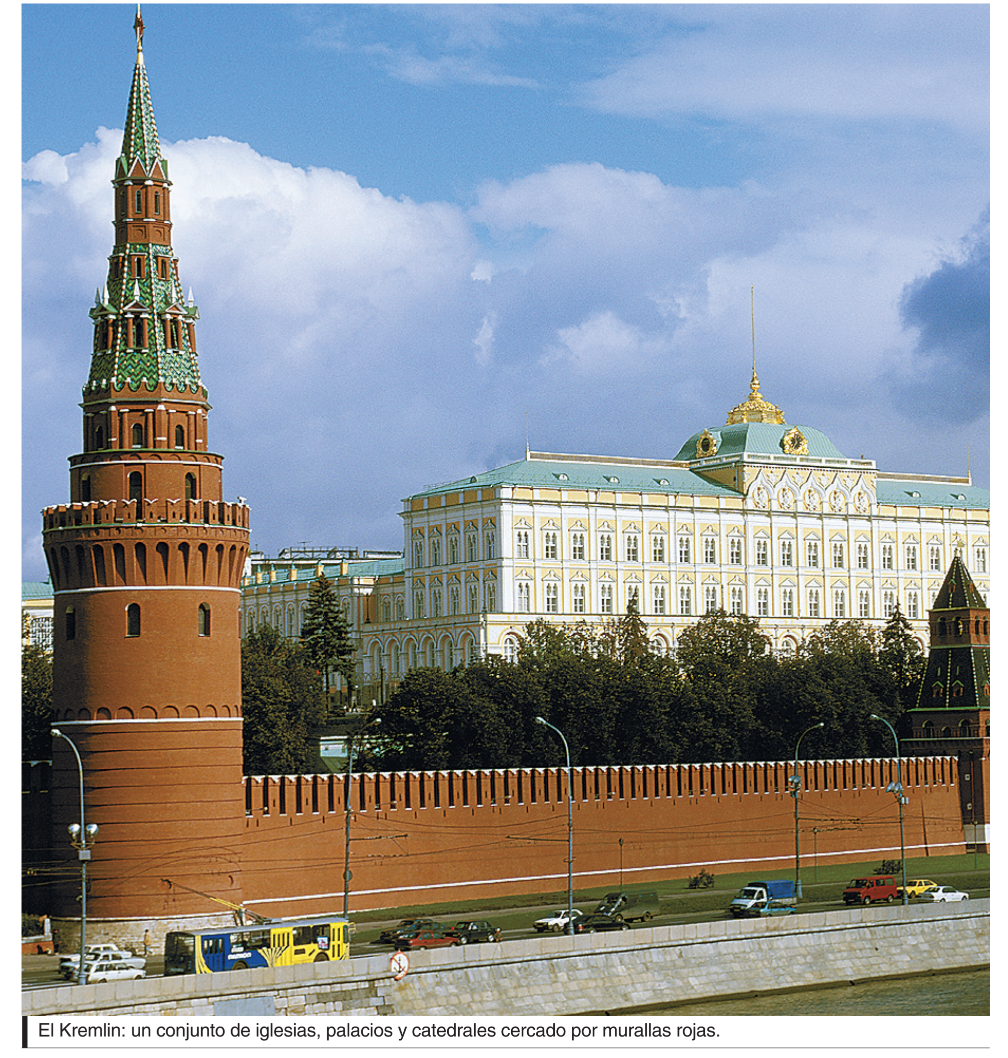
Junto a la plaza se levanta también el Kremlin, símbolo del poderío ruso durante siglos, un conjunto de iglesias, palacios y catedrales cercado por murallas rojas, que hoy es la sede del gobierno central de Moscú. En verdad, *kremlin* es el nombre genérico de la ciudadela de una ciudad, yaque las antiguas ciudades rusas no tenían murallas perimetrales de defensa, pero sí protegían la parte central; sin embargo, aunque Novgorod, Kazan y varios centros urbanos más también tienen su kremlin, la palabra no deja de remitir por antonomasia al de Moscú. En total, el Kremlin abarca unos 275 mil metros cuadrados, amurallados por una pared de 2235 metros de extensión, de una altura variable de entre 5 y 19 metros, con un espesor de entre 3,5 y 6,5 metros. Su silueta más reconocible es la de la Sasskaya, la torre más alta, de 71 metros de altura. Este impresionante conjunto incluye tres catedrales (de la Anunciación, de la Asunción y de San Miguel Arcángel), un Arsenal, el palacio de los Congresos, el palacio del Patriarca y muchos otros museos y edificios, entre los que sobresale el palacio del Kremlin propiamente dicho, que hasta 1917 fue la residencia de la familia real rusa cuando se instalaba en Moscú. Actualmente, la directora de los museos del Kremlin –que este año celebran su 200º aniversario– es Elena Gagarina... un apellido inconfundible: se trata de la hija del cos-

SHOPPING MOSCOVITA

Los Grandes Almacenes Estatales (GUM), en el corazón de Moscú, es uno de los principales centros comerciales de toda Rusia. Inaugurado en diciembre de 1893, cuando el imperio zarista aún gozaba de esplendor, sus tres corredores de tres pisos cada uno se extienden a lo largo de la Plaza Roja, y desde 1951 vuelven a funcionar como centro comercial, ya que después de la revolución fueron reacondicionados como sede de organizaciones estatales. Otro lugar para no perderse es la calle Arbat, la primera que fue peatonal en Moscú, en los años '60, y que antiguamente era el barrio de los miembros del ejército del zar. Bordeada de monumentos y edificios históricos, siempre recorrida por los turistas y abundante en artistas y retratistas callejeros, como un Montmartre a la moscovita, es el lugar ideal para salir de compras en busca de recuerdos típicos de Rusia.



Una de las estaciones de la increíble red-museo del subte, construida en los años '30.



El Kremlin: un conjunto de iglesias, palacios y catedrales cercado por murallas rojas.

monauta Yuri Gagarin (que está enterrado en el propio Kremlin).

MOSCU PARA SORPRENDERSE Manejarse en Moscú sin guías es difícil, ya que fuera de los ámbitos universitarios no es habitual encontrar quienes hablen inglés. Los años de aislamiento no fueron en vano, y a pesar del vertiginoso cambio al que supieron adaptarse los rusos, todavía es fuerte la sensación de estar muy lejos de lo conocido, en la capital de otro mundo, con sus propios códigos y tan autosuficiente que no necesita de los nuestros.

La mayoría de las excursiones que busca dar una panorámica completa (si tal cosa es posible) incluyen al menos los principales museos, desde la Galería Tretyakov, que contiene la principal colección de arte ruso de todos los tiempos, hasta el Museo Pushkin de Bellas Artes, con espléndidas obras del Renacimiento italiano, de Egipto y Babilonia, sin olvidar el Museo de los Cosmonautas, el Museo de la Historia de Moscú y el Kolomenskoye (un museo histórico y arquitectónico en lo que fue la antigua residencia de verano de los grandes duques y los zares rusos), donde se realizan actualmente importantes festivales tradicionales como el Maslenitsa, dedicado a despedir el largo, casi eterno, invierno ruso. Por supuesto, entre un museo y otro siempre habrá tiempo de conseguir el más tradicional de los souvenirs locales: la famosa *matrioshka*, la muñeca de madera que contiene en el interior otras de tamaño más pequeño, en cantidades a veces inauditas, delicadamente decoradas con los colores y flores tradicionales del pueblo ruso. Antiguamente, las *matrioshkas* se fabricaban en Zagorsk, en las afueras de Moscú, donde nacieron en el siglo IX estas muñecas pintadas y torneadas que son verdaderas maravillas del arte decorativo en miniatura. Actualmente, además de las clásicas mujercitas, se encuentran otras variantes: desde la "*matrioshka*-beatle", con John, Paul, George y Ringo uno dentro de otro, hasta la "*matrioshka*-presidente", con los sucesivos jefes de Estado soviéticos y rusos. Otro buen souvenir son los chocolates Octubre Rojo, que se fabrican en un edificio situado cruzando, desde el Kremlin, el río Moscú. Se organizan en la fábrica visitas para conocer el proceso de fabricación del chocolate, y la historia del Octubre Rojo en particular.

De un lado a otro de Moscú vale la pena elegir el metro, al menos algunas veces, como medio de traslado. O bien directamente contratar una excursión que visite las principales estaciones de esta increíble red-museo, construida en los años '30, cada una de las cuales muestra diferentes estilos y períodos arquitectónicos. Y si el viajero occidental se imagina la agitación del metro neoyorquino o el *tube* londinense, se queda muy corto: por aquí pasan más de 8 millones de personas cada día, más que los subtes de Londres y Nueva York juntos. Fuera de la ciudad, o hacia las afueras, hay que estar seguro de poder transitar: es posible que se lespida a los turistas permisos especiales para moverse en una ruta u otra, y este detalle debe ser tenido en cuenta a la hora de planificar el viaje.

DE LA KGB AL ESPACIO A la hora de la visita por Moscú, conviene ser prudentes. Cuando se desconoce el idioma, los letreros nos resultan ilegibles y las costumbres también nos resultan extrañas, cualquier turista puede ser la presa fácil de una mala experiencia. Sin embargo, con un poco de precaución no hay mayores problemas, no más de los que hay en cualquier gran capital del mundo. Y Moscú depara imágenes y lugares de los que no se encuentran en cualquier lado, porque forjar la ciudad que es hoy llevó siglos y siglos de historia, incluyendo imperios, revoluciones y grandes tragedias.

Para el turista que quiera seguir los pasos de esta historia, las opciones podrían no terminar nunca, pero hay al menos dos lugares muy relacionados con el "mito ruso" en Occidente. Uno es el edificio Lubyanka, que fue sede del cuartel general de la KGB, con una prisión anexa, que tiene el triste honor de figurar en las páginas del *Archipiélago Gulag* de Alexandr Solzhenitzyn. Los guías no dejan de recordar que en los años de la Unión Soviética circulaba una broma de humor negro sobre la "gran vista" que se obtenía desde la prisión del Lubyanka... porque desde allí se podía ver Siberia. Actualmente, el complejo sobre la plaza Lubyanka alberga un Museo de la KGB, y durante la visita se conocerán legendarias y misteriosas historias de los espías de la Guerra Fría, además de conocer trucos y adminículos de los espías que dejarían asombrado al propio James Bond.

El otro lugar es el Centro de Entrenamiento de Cosmonautas, con sus simuladores en tamaño real de la célebre estación espacial Mir, un hidrolaboratorio donde los cosmonautas son entrenados para sus salidas por el espacio. El Centro posee muchas otras instalaciones tecnológico-científicas para el acondicionamiento de las naves espaciales y la preparación de los viajes. Algunos programas especiales (que hay que reservar con antelación) permiten vivir la experiencia de un simulador, mientras quienes quieran probar un vuelo en el avión militar Mig pueden ir hasta el aeródromo de Gromov, a 35 kilómetros de Moscú. Allí, después de haber contratado un seguro, pasado un examen médico y firmado varios papeles sobre los posibles riesgos, habrá instructores dispuestos a subirlo a bordo del avión para un vuelo de prueba de 30 minutos. Inolvidable, y viene con certificado incluido para dar fe de la experiencia. Una más de las muchas que es posible vivir en esta ciudad de increíble belleza y encanto misterioso, que permite traer de recuerdo no sólo hermosas fotos sino sobre todo la apertura hacia nuevas maneras de pensar y de vivir, lejos de las leyendas y cerca de la realidad rusa del siglo XXI.


La impronta centroeuropea define el estilo arquitectónico de todas las casas del pueblo.


Floridos jardines en las impecables calles de tierra de La Cumbrecita.

CORDOBA *La Cumbrecita*

Mi verde pueb

En los faldeos de las Sierras Grandes se levanta el primer pueblo peatonal del país, un paraíso ecológico a 1450 metros sobre el nivel del mar donde el ingreso de autos se limita al mínimo indispensable. Bosques de pinos, robles y abedules esconden casas con techo a dos aguas al estilo alpino con floridos jardines y cabañas de madera para alojarse a la vera de un arroyo.

POR JULIAN VARSAVSKY

La primera impresión al recorrer La Cumbrecita es que en algún rincón de los Alpes suizos hubo una aldea que por un mágico sortilegio desapareció del mapa europeo y cruzó el océano para reaparecer en lo alto de las Sierras Grandes. Ya desde el camino de tierra que sube a las sierras se ven los techos puntiagudos de las casas alpinas, entre bosques de pinos, robles y abedules. Al llegar a un puente de madera sobre el Río del Medio, cada visitante recibe una bolsa de residuos hecha con papel reciclable. Y enseguida le explican en nombre de la comuna que acaba de llegar al primer pueblo peatonal de la Argentina.

El origen de la iniciativa se remonta al verano de 1995, cuando un porteño técnico en turismo llamado Pablo Sgubini y su mujer arribaron a La Cumbrecita como mochileros para seguir viaje a Perú. Pero se instalaron en una carpa y se quedaron a vivir. Esa misma semana consiguieron una máquina de escribir y redactaron el proyecto turístico para declarar a La Cumbrecita "Primer pueblo peatonal de la Argentina", propuesta que fue aprobada de inmediato por la comuna. La novedad fue un éxito a nivel turístico y Sgubini fue nombrado secretario de Turismo Comunal.

Al llegar, los visitantes deben dejar el auto en un estacionamiento fuera de este pequeño pueblo que apenas tiene diez cuadras de calles de tierra, sin veredas. Quienes no quieran caminar pueden hacer un paseo en un carrito de golf eléctrico que no contamina ($5). Fuera del horario peatonal –de 10 a 18– sólo se permite a los residentes ir en auto directamente hasta sus viviendas. Si los turistas se alojan en el pueblo deben dejar el vehículo en el estacionamiento del hotel.

DE BERLIN A CORDOBA Los orígenes de La Cumbrecita se remontan al año 1934, cuando un berlinés llamado Helmut Cabjolsky compró 500 hectáreas en esta zona serrana para construir una casa de fin de semana. En verdad lo que el señor Helmut añoraba era un pueblito alemán llamado Berchtesgaden, donde solía retirarse a descansar. Pero Cabjolsky no podía volver a Alemania porque su esposa era de origen judío y además por esa razón lo habían despedido de su trabajo en Siemens de Buenos Aires. Así surgió entonces la primera casa de estilo alemán en el cerro Cumbrecita. Al poco tiempo comenzaron a llegar de veraneo los familiares y amigos y se construyó una casa de huéspedes que hoy es parte del hotel La Cumbrecita. Y más tarde se lotearon los terrenos para ponerlos a la venta con una condición muy particular: el boleto de compraventa estipulaba que el comprador solamente podía levantar casas de estilo alpino –como en aquel pueblito alemán–, y quien se apartara de la regla le sería devuelta la plata del terreno después de restarle el precio de la demolición de la casa.

Es así que quienes se acercaron a vivir en la zona fueron en su mayoría personas de origen centroeuropeo, que trajeron consigo las religiones católica, protestante y judía. Y para albergar la diversidad se construyó una hermosa capilla ecuménica compartida por todos los credos.

UNA "COLONIA" EUROPEA El espíritu de La Cumbrecita se percibe en su arquitectura: casas con tejados a dos aguas, paredes de piedra a la vista y jardines llenos de flores. La madera barnizada –expresión de lo artesanal– es el elemento clave de la decoración y está presente en techos, balcones, ventanas y negocios. Al ingresar al pueblo se nota que todo –desde los canteros con verbenas blancas y petunias hasta los carteles de madera con los nombres de las calles– está pensado y diseñado con una muy cuidada estética, preservada por una limpieza perfecta. Y como corresponde a una verdadera "colonia" europea, además de sus cabellos rubios, los ojos claros y las rozagantes mejillas, los pobladores conservan la impronta cultural de su país de origen, reflejada principalmente en la gastronomía centroeuropea.

Al cruzar el puente de madera sobre el río, lo primero que atrae la atención es un Maibum (o Arbol de Mayo, según la tradición centroeuropea), un poste decorado con dibujos de parejas con trajes típicos y las banderas de todas las colectividades que, junto con residentes argentinos, componen este pueblo de 500 habitantes: alemana, suiza, austríaca, española, húngara, italiana y danesa.

DATOS UTILES

■ **Cómo llegar:** En auto por la Ruta 8 hasta Río Cuarto y desde allí por la Ruta Provincial 36 hasta el cruce con la Nº 5. Se debe seguir hasta Villa General Belgrano (87 kilómetros al sur de la capital cordobesa) y luego son 38 kilómetros hasta La Cumbrecita (10 kilómetros pavimentados hasta Los Reartes y luego un camino de tierra transitable por toda clase de vehículos). En La Cumbrecita no hay estaciones de servicio. La empresa de micros Nueva Chevallier sale desde Retiro a Villa General Belgrano y tarda 12 horas (entre $55 y $65 cada tramo). A La Cumbrecita hay cuatro frecuencias diarias de la empresa de micros Pájaro Blanco desde Villa General Belgrano ($11 cada tramo y se tarda una hora). También desde la Villa hay excursiones de todo el día a La Cumbrecita por $30 que organiza Friedrich Servicios Turísticos. E-mail: *friedrich@calamuchitanet.com.ar*

■ **Alojamiento:** En La Cumbrecita se consigue alojamiento desde $65 la habitación doble hasta $120 (en temporada baja).

■ **Pesca:** En la oficina de información turística se venden los permisos de pesca que cuestan $12 por día. Básicamente se practica la pesca de truchas con mosca en los arroyitos de la zona, donde se puede ver a los peces a simple vista, dada la poca profundidad (igual eso no garantiza que vayan a picar así como así). Durante un buen día de pesca pueden salir entre ocho y diez piezas, aunque la obligación es devolverlas vivas a su hábitat natural. Y el porte puede llegar a los dos kilos y medio.

■ **Más información:** Dirección de Turismo de La Cumbrecita. *www.lacumbrecita.gov.ar* Tel. 03546-481088 / 481010



Las brumas en el paisaje cordobés de las Sierras Grandes acentúa el ambiente bucólico de la villa.

lito

La influencia cultural del Viejo Continente se corporiza incluso en la comisaría, decorada con vistosas flores y balcones de madera que disimulan su función, irreconocible si no fuese por el cartel indicador (también de madera tallada por artesanos).

Tres arroyos de agua potable con peces que se ven a simple vista surcan este pueblo que parece invadido en todos sus recovecos por la vegetación. Las casas, a la sombra de los árboles, están bien separadas una de la otra y rodeadas de jardines. Algunas tienen coloridas campanas al frente que sirven de timbre y en los jardines se ven colibríes de vibrante aleteo, pájaros carpinteros y zorzales negros con el pico naranja. A 200 metros de la entrada al pueblo está la Plaza del Ajedrez, un tablero de 3 por 3 metros disponible para partidas con piezas de acero de 40 centímetros de alto (hay que pedir las llaves del depósito de las piezas en el puesto de venta de artesanías que está unos metros calle abajo).

PASEOS BUCOLICOS Caminos ascendentes que caracolean sobre la ladera de la sierra llevan hasta una pequeña fuente con un estanque de madera y una campana que décadas atrás oficiaba de alarma contra incendios. Más arriba suelen aparecer turistas a caballo recorriendo un camino flanqueado por árboles altísimos y una densa vegetación con lianas y helechos. Una bifurcación del sendero hacia la derecha conduce al Cerro Cumbrecita, con una vista panorámica que abarca todo el Valle de Calamuchita. En los alrededores hay algunos ejemplares de tabaquillo –árbol autóctono de la zona en peligro de extinción– con sus hojas similares a las de la rosa silvestre y la corteza parecida al arrayán. En La Cumbrecita acostumbra a nevar una vez por año, y en primavera las praderas se cubren de retamas amarillas y digitalis de todos colores.

Numerosas cascadas y minúsculos balnearios de aguas cristalinas proliferan adentro y en los alrededores del pueblo. La Olla, por ejemplo,

>>>

Verdes bosques para paseos y excursiones por los alrededores.

DISEÑO URBANO Y ECOLOGIA

Gracias a su pequeñez, La Cumbrecita era el lugar ideal para emprender un proyecto de pueblito ecológico. Y así se hizo porque además de restringirse la circulación de autos, gran parte de la población y la municipalidad impulsan planes de desarrollo sustentable. Por un lado, hay medio centenar de familias que reciclan sus desechos orgánicos colocándolos en unas cajas con lombrices que al cabo de un tiempo producen un "compos" que sirve como tierra y abono en los jardines. Por otra parte, en todas las casas se separa vidrio y cartón y los desechos en general se acumulan en un conteiner que cada 20 días se transporta a 100 kilómetros del lugar, donde en vez de quemarlos se los entierra. Y a partir de ahora, cada nuevo emprendimiento turístico tiene la obligación de tener su propia planta procesadora de aguas servidas.

El otro aspecto de planificación urbana que caracteriza a La Cumbrecita es su código edilicio. Cada persona que desee construir algún edificio en el pueblo debe presentar primero el proyecto a la comuna, cuyos arquitectos evalúan los planos para ver si se ajustan al estilo de los demás. Por ejemplo, según el riguroso código está prohibida la chapa en los techos y sólo se permiten tejuelas de madera o tejas francesas y coloniales. Los techos son todos en forma de "V" invertida y su pendiente debe ir entre los 30 y los 45 grados para que no queden ni demasiado planos ni con un ángulo muy cerrado. Los balcones sólo pueden ser de madera, las terrazas tienen que estar hechas con piedra gris de las sierras y en su totalidad las casas deben cumplir con una proporción que exige un mínimo de 30 por ciento de madera en los exteriores, un máximo de 30 por ciento de piedra serrana y hasta un 40 por ciento de materiales de construcción como bloques y cemento. Por último, están prohibidos los colores fuertes como el rojo y hay que optar por la gama de colores pastel.

Toda la serenidad serrana en el pequeño y encantador pueblo de La Cumbrecita.

>>>

combina una idílica cascada con un piletón natural de 9 metros de profundidad donde en verano se puede nadar a placer entre truchas enormes. Y en un bosque cercano hay una extraña construcción privada de la década del 40 diseñada al estilo de un castillo medieval.

Lo ideal es quedarse en La Cumbrecita un mínimo de tres o cuatro días combinando excursiones por la montaña con jornadas de reposo en un silencio total. Recorrer las callecitas de este pueblo ecológico equivale a sumergirse en un cuento de hadas. Y haciendo un pequeño ejercicio de abstracción, una mañana de sol podríamos levantarnos creyendo estar en plena región del Tirol europeo, en una dulce aldea de los Alpes Suizos.

AL CERRO CHAMPAQUI Una de las excursiones más interesantes que se realizan desde La Cumbrecita es una ascensión en camioneta 4x4 hasta la cima del cerro Champaquí, el mas alto de la provincia. Se inicia en la sinuosa ruta asfaltada que pasa por el pueblo de Villa Yacanto y continúa por un camino de tierra que alguna vez fue una senda de los indios comechingones, cuyo aspecto alto y barbado sorprendió mucho a los españoles, acostumbrados a ver indios lampiños.

En el camino se pasa por los últimos relictos de la vegetación autóctona cordobesa, poblados de pájaros como la monjita –un ave blanca muy pequeña con la punta de las alas negras–, zorzales, pájaros carpinteros negros con la cabeza roja y aguiluchos de color marrón que descansan sobre los alambrados. A cierta altura ya se circula sobre el filo de la cadena montañosa y a más de 2800 metros de altura se vislumbra toda la extensión del Valle de Calamuchita, limitado por las Sierras Chicas.

Finalmente se abandona el vehículo para emprender una caminata hasta la cima del Champaquí. En total se camina unos 30 minutos hasta llegar sin mucho esfuerzo a la cima, que es en verdad el cráter de un viejo volcán donde ahora hay una pequeña laguna formada por un manantial. El paisaje, con los dos valles más hermosos de Córdoba a cada lado, se asemeja a un mar de rocas de oleaje gris asediando al cerro. Sólo resta recostarse sobre una piedra gigante –a 2884 metros sobre el nivel del mar– y admirar el vuelo de un majestuoso cóndor que se desliza suavemente sobre la línea del horizonte.

HONDURAS *En la selva maya*

Las Ruinas de Copán

Al occidente de Honduras, muy cerca de la frontera con Guatemala, la selva esconde una antigua ciudad de piedra. El sitio arqueológico de Copán es hoy el lugar turístico más importante de Honduras y uno de los centros ceremoniales más destacados del mundo maya. Declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco, conserva el legado de una sociedad que fue pionera en el conocimiento de la escritura, de la ciencia y de la naturaleza del hombre.

POR MARINA COMBIS

Apenas despuntaba el siglo XVI cuando los conquistadores españoles llegaron por primera vez a las tierras mayas. Por todas partes asomaban las ruinas de monumentales ciudades que habían sido abandonadas hacía varios siglos. Otras construcciones permanecían ocultas, abrazadas por la selva impenetrable que recuperaba de manera implacable sus dominios y, secretamente, los preservaba del vandalismo de los recién llegados.

La península de Yucatán fue el espacio de ese primer encuentro entre dos civilizaciones contrapuestas, pero las ciudades ocultas estaban en la región selvática de Chiapas, en Guatemala, Belice y El Salvador. En Honduras, Copán fue uno de estos territorios mágicos llenos de tradición y misterio, ciudad majestuosa y centro ceremonial que aprendió a escribir en la piedra el legado de su propia memoria. También fue una de las cunas del mundo maya, que dejó huellas profundas en la literatura indígena de América a través de textos memorables como el *Popol Vuh*, o el *Chilam Balam*, el libro de los libros de una cultura singular.

SELVA DE SIMBOLOS Más de 3 mil años tiene esta cultura que se difundió por gran parte de la América Central, en medio de una naturaleza pródiga donde se entrecruzaban el verde de la selva con las montañas inexpugnables. Tal vez haya sido ese entorno de fértiles valles y aguas cristalinas la inspiración de estos escritores y poetas que hicieron de la palabra un símbolo en la piedra, alumbrados por las plumas iridiscentes de los quetzales o por el vibrante amarillo de los jaguares.

Poco a poco, a medida que su organización social se hacía más compleja, los mayas comenzaron a construir grandes centros ceremoniales y políticos que respondían a una organizada estructura civil y religiosa. Arquitectos soberbios, escultores sin fronteras, su profunda creatividad les permitió dar un paso adelante en la historia de la humanidad, porque en los primeros siglos de la era actual asistieron al florecimiento de las artes al mismo tiempo que la escritura, la matemática, la astronomía y el calendario. Los mayas hicieron prodigios: apenas unos segundos separan su calendario solar de aquel que hoy rige nuestros destinos, otro seguía el ciclo celeste de Venus, otro regulaba la agricultura en los caminos de la Luna. Mil años antes que los hindúes ya habían inventado el valor posicional de los signos matemáticos y el uso del cero. Pero estos visionarios fueron más allá, y se hicieron dueños de la historia al registrar en detalladas crónicas las memorias de su pueblo.

Con una profunda religiosidad celebraron a los dioses que crearon esta tierra, a los dueños de la lluvia, a los señores del maíz y las cosechas, a los guardianes del mundo subterráneo. Las pirámides estaban consagradas a estos dueños del universo, y también a los antepasados porque la muerte apenas era parte del camino. Uno de los rituales más importantes del mundo Maya era el "juego de pelota", que simbolizaba tanto la lucha del sol contra la luna como el singular combate entre los dioses del inframundo, que representan la muerte, contra los dioses celestes, que dan la vida.

El desarrollo de esta cultura imposible fue notorio pero tristemente corto, porque pocos siglos después de su apogeo comenzó una lenta decadencia hasta que la sociedad de estos creadores de milagros se perdió en los intrincados rincones de la selva. Sólo quedaron los símbolos impresos para siempre en la piedra, como verdaderos gobernantes del insondable territorio de los dioses y de la frágil existencia de los hombres.

CIUDAD DE PIEDRA Al occidente de Honduras, muy cerca de la frontera con Guatemala, existe un vallecito de apenas veinticuatro kilómetros cuadrados, rodeado por montañas cubiertas de bosques de robles y árboles milenarios. Casi en el medio del valle corren las aguas del río Copán, a cuyas orillas se encuentran las ruinas de esta ciudad de tradición milenaria. Declarada por la Unesco como uno de los más importantes patrimonios de la humanidad, hay quien dice que las

MCM Prensa



Reconstrucción del Museo del Sol en el Templo de la Escultura Maya.

MCM Prensa



El "Altar Q". En sus caras está escrita la historia de los 16 grandes reyes de Copán.

Ruinas de Copán podrían haber sido el París del mundo maya centroamericano.

El Parque Arqueológico de Copán apenas si muestra una parte de este mundo misterioso que se extiende por toda la región. Millares de edificios religiosos y de residencias de piedra, una gran plaza rodeada por templos atravesados por escalinatas interminables, altares cubiertos de textos que relatan la historia local. Como si fueran parte de un libro abierto, estos pequeños retazos del pasado cuentan cómo eran y cómo vivían los 20 mil habitantes de Copán.

Erguidas como vigilantes personajes, altas figuras de piedra interrumpen el paisaje. Tallas portentosas y al mismo tiempo delicadas, las "estelas" que una vez estuvieron cubiertas de color relatan el poderío y las acciones de los señores mayas, y recuerdan el antiguo culto a los árboles míticos que sostenían los cielos. Frente a la Gran Plaza, una larga escalinata esconde el texto más largo que se conoce de esta civilización americana, porque allí se encuentran más de 1250 jeroglíficos que todavía no han sido descifrados en su totalidad.

Otro espacio importante es la Acrópolis, formada por dos grandes plazas en las que se levantan algunos monumentos. Una de la plazas contiene al templo construido por Yax-Pac, el último gobernante de Copán. Pero el más importante es un pequeño monolito de piedra con forma de mesa, conocido como el "Altar Q", que está escrito en todas sus caras y relata la historia de las dieciséis dinastías de gobernantes de la ciudad. Un poco más allá se encuentran las ruinas del Estadio de Juego de Pelota, numerosos templos rituales y funerarios, pequeñas pirámides y la Escalinata de los Jaguares, que recuerda a los guardianes eternos del inframundo. Por debajo de las ruinas, una extensa red de túneles abre una ventana a otros templos que por siglos permanecieron ocultos, como el Templo Rosa-Lila.

Muy cerca de la entrada del parque, un moderno edificio de piedra reproduce la forma de una pirámide: es la sede del Museo de la Escultura Maya. Atravesando un largo túnel que recorre simbólicamente los senderos insondables del inframundo, el edificio guarda importantes esculturas rescatadas del sitio arqueológico. Al atravesar el túnel de acceso, una explosión de color sorprende la mirada: la réplica a escala natural del Templo del Sol muestra, con fascinante cromatismo, cómo eran las construcciones de Copán en sus tiempos de esplendor.

MCM Prensa

La imponente escalinata jeroglífica esconde el texto más largo de esta civilización.

DIOSES DE LA VIDA Casi 6 millones de Mayas viven hoy en América Central y hablan cerca de treinta lenguas indígenas emparentadas, una de las más antiguas fue la de los chortis, habitantes ancestrales de este valle. No se sabe a ciencia cierta si fueron ellos quienes edificaron la ciudad que hoy se encuentra en ruinas, pero en 1530 todavía eran los dueños de esas tierras, y se dice que su gobernador opuso una tenaz resistencia a las tropas de los conquistadores Hernando de Chávez y Pedro Amalín.

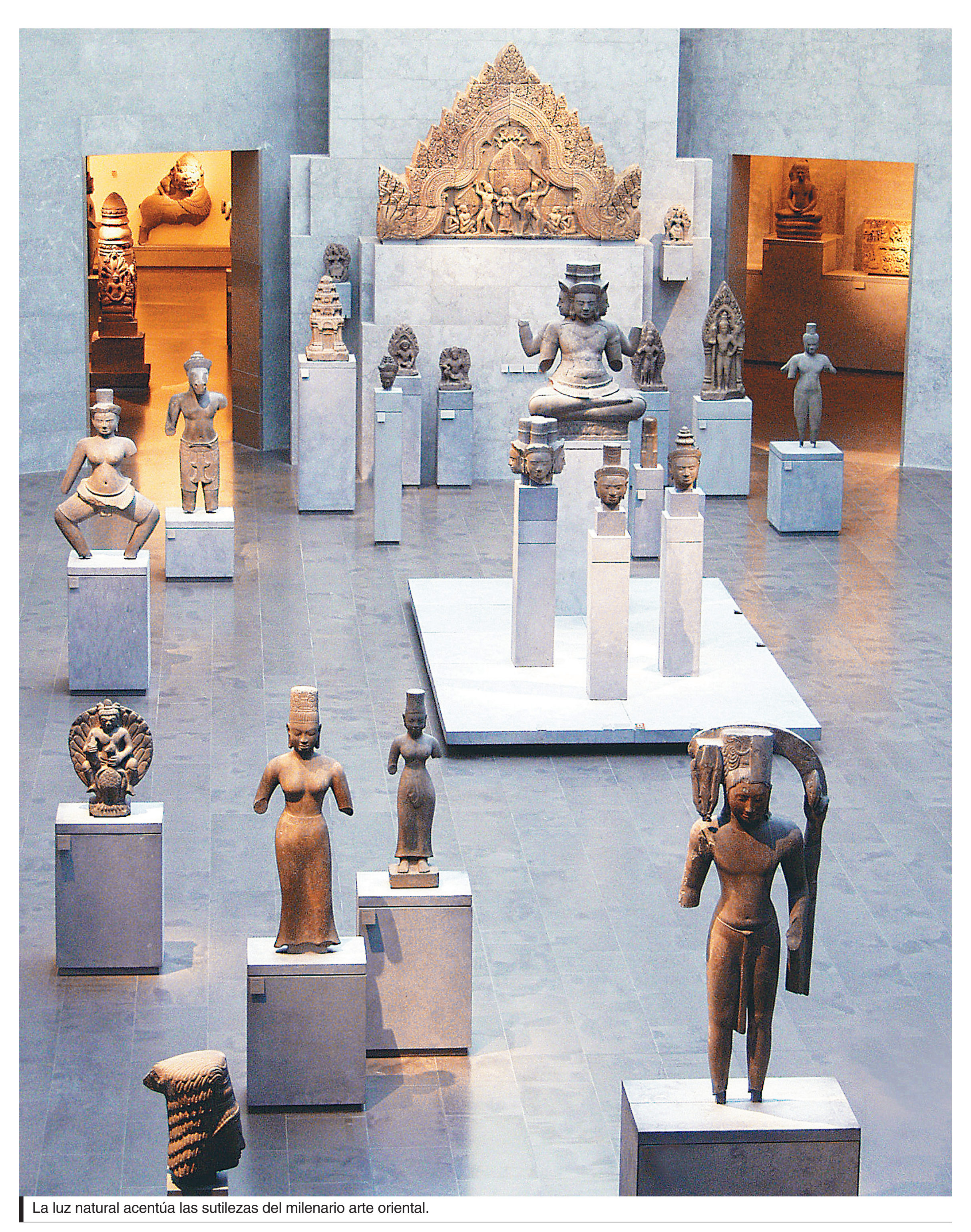
Vinieron años de conflictos y armonía, pero con el tiempo la cultura de los mayas se fue mezclando con la tradición católica. Hoy, cada comunidad tiene un santo patrono a quien se rinde culto, que se guarda celosamente en la iglesia o en las casas de las cofradías. Heredero del mestizaje, el santo patrono de la comunidad está directamente asociado con los ritos agrarios: el Chaac (la lluvia) y Panahturo (el viento) son dirigidos por el Arcángel San Miguel, quien determina el clima y la frecuencia de las precipitaciones. La Virgen María, que esconde entre sus ropajes a la guardiana del maíz, ayuda a los dioses cuando vierten el agua de sus calabazas para que caiga, convertida en lluvia, sobre la tierra fértil. A los otros dioses se los celebra en secreto cuando se quema el copal en los ritos agrarios, para que su humo perfumado se lleve las impurezas del alma y del cuerpo. Los ancianos afirman que sus abuelos contaban que la serpiente y la rana estaban asociadas con la lluvia, por consiguiente, con la fecundidad.

GUARDIANES DE LA MEMORIA Muy cerca del parque arqueológico, el sencillo pueblo de Copán parece detenido en el tiempo. Las tranquilas callecitas pavimentadas con cantos rodados, blancas casas de adobe con rojos techos de tejas y terrazas soleadas parecen remansos preparados para descansar la mirada. En los patios coronados de flores multicolores se esconden pequeños lugares donde se confunden los aromas de la cocina hondureña, como los memorables tacos de El Jacal o del Comedor Isabel, o la fragua siempre encendida de Nia Lola, la dueña de las "carnitas" asadas, de los frijoles, el quesillo y los fundidos de chorizo. Todo el pueblo está inundado de sabor. Como en los tiempos pasados, el maíz sigue siendo sagrado y renace cada día en las comidas cotidianas, en el "atole", una bebida caliente que humea en las jícaras de barro, en los tamales primorosamente envueltos en las hojas sagradas, en los pequeños panes que se tuestan al rescoldo, en las tortillas que humean en el "comal" para que los sabores se vuelvan eternos.

Poco quedó del arte de aquellos mayas de antaño. A pesar de los millares de visitantes que llegan año a año a las ruinas, casi no quedan artesanos en el pueblo. Lito, el escultor más famoso de Copán, aprendió su oficio de tanto mirar, y poco a poco se fue haciendo dueño de la piedra con la que hace réplicas de las "estelas" en tamaño natural. Muy cerca está la aldea La Pintada, apenas unas pocas casas humildes de adobe y paja donde las mujeres confeccionan delicadas muñecas con la fibra vegetal de la tusa. Otros artesanos van aprendiendo para hacerse de un oficio.

Pero la milenaria ciudad de Copán seguirá guardando la historia de una civilización que no llegó a completar su destino porque, aun cuando los templos permanezcan silenciosos en la selva, su corazón maya todavía late bajo las piedras que les dan forma. Los descendientes de aquellos constructores de pirámides todavía habitan en pequeñas aldeas que parecen ajenas al paso del tiempo, hablan su antigua lengua, cosechan la tierra como lo hacían sus ancestros y rinden culto a sus tradiciones, inexpugnables guardianas de la memoria.

POR JULIAN VARSAVSKY


La luz natural acentúa las sutilezas del milenario arte oriental.

PARIS *El Museo Guimet*

Artes del Lejano Oriente

Una de las colecciones de arte asiático más completas y variadas del mundo está en el Museo Guimet de París. 3500 piezas que testimonian cuatro mil años de historia, incluyendo estatuas hinduistas y budistas del imperio Khmer de Camboya hasta los tesoros que brotaban a todo lo largo de la Ruta de la Seda entre China y Roma, pinturas coreanas, porcelanas manchúes y marfiles de la dinastía Qing.

Cuatro años después de su inauguración en 1885, el Museo Guimet de París hizo furor en Europa con la primera gran exposición dedicada a la historia de las religiones. El origen de la colección se remonta a 1879 cuando un industrial siderúrgico muy viajero llamado Guimet creó su museo en Lyon para exhibir las piezas de arte oriental que había ido obteniendo gracias a los hallazgos (y quizá también saqueos) de las primeras expediciones arqueológicas francesas. Pero el edificio quedó chico ante el crecimiento constante del número de obras, así que el mismo Guimet patrocinó la construcción de una nueva sede en París, que más tarde se nutriría con las obras del Museo Indochino de París y con las provenientes del Louvre (Tíbet y Asia central) a cambio de las piezas egipcias del Guimet. Entre 1997 y 2001, el edificio parisino fue cerrado para una millonaria ampliación y remodelación que incluyó la iluminación de las piezas con luz natural y la instalación de medios audiovisuales. Hoy el Museo Guimet es uno de los mejores museos de arte oriental del mundo, con 45 mil tesoros de los cuales solamente se exhiben unos 3500, abarcando piezas que van desde el siglo XVIII antes de Cristo hasta el XVIII de nuestra era.

DELICADO ARTE CHINO

Cuando los célebres pintores de paisajes chinos del Medioevo creaban sus obras, no lo hacían para decorar las paredes de un palacio sino con fines mucho más espirituales. Esos cuadros rectangulares pintados sobre seda, que se guardaban enrollados en estuches de madera, eran desplegados en los momentos de calma e intimidad absolutas, del mismo modo en que se abre un libro de poesía. Su contemplación era el punto de partida para sumirse en la meditación interior, la misma que impulsaba al artista a pasarse horas admirando un paisaje que luego reproducía al volver a su casa. Con frecuencia el pintor añadía unas líneas poéticas que reflejaban su dominio del arte de la caligrafía china. En aquellos cuadros de perspectiva bidimensional abundaban unas extrañas montañas de punta roma emergiendo entre las nubes, y estrechos sampanes de bambú surcando el río sin dejar estela. En la lejanía, entre los pinos y las cañadas de bambú, una inalcanzable pagoda roja de cinco pisos podía coronar un cerro cubierto por la vegetación. Estos paisajes de belleza idílica –inspirados en el extremo sur de China (provincia de Guangxi)– se pueden admirar en el privilegiado Museo Guimet. Entre las obras maestras de pintura en rollos horizontales chinos está “Paisaje”, pintado por Zhu Da (1626-1705), y “Los Montes Jingting en otoño”, de Shi Tao, creado por el artista en homenaje al rebelde pintor Huang Kong Wang (1269-1345), uno de los grandes maestros de la dinastía Yuan enfrentado al manierismo de la academia de los Song del sur, famoso por la gran sencillez de sus recursos expresivos (utilizaba pequeños puntos de tinta).

La colección general de 20 mil objetos dedicada al arte del país de las maravillas que asombró a Marco Polo es la más completa que hay en Europa (la más importante que existe es la del Museo Nacional del Palacio de Taipei). Entre las piezas de arte chino están los admirables jades del Neolítico con traslúcidos colores y también los recipientes rituales de bronce de la dinastía Shang (siglos XVIII al XII a. C.). Una serie muy curiosa es la de los mingqi, unos objetos brillantes encontrados en los ajuares funerarios de las tumbas Han (206 a. C. al 220 d. C.) y que están entre lo más refinado de la estatuaria china.

TALLADO EN LA PIEDRA En las salas del primer piso del museo está el área dedicada a India y todas las culturas que recibieron su influencia en el sudeste asiático (Sri Lanka, Camboya, Tailandia, Birmania, Malasia, Vietnam, Laos e Indonesia). Por un lado, está la exhibición más completa que existe sobre escultura Khmer, incluso comparada con las que hay dentro mismo de Camboya (donde queda muy poco, fruto del saqueo colonial y de las guerras internas). Allí se pueden ver las estatuas budistas y por sobre todo hinduistas que pertenecieron a la ciudad sagrada de Angkor, que estuvo perdida en la selva hasta que fue redescubierta en perfecto estado por los occidentales en 1860. Las obras de esta cultura –como una famosa cabeza de piedra del emperador Jayavarman VII– datan aproximadamente del año mil. Pero la obra mayor de los Khemer está custodiando la entrada al Hall Central del museo, donde el visitante se topa con toda la exuberancia de una monumental cobra de siete cabezas procedente de la “Calzada de los Gigantes” del templo Preah Khan de Angkor. Esta “naga” o cobra petrificada impactó tanto a un oficial de Napoleón III que decidió desarmarla y traerla fragmentada hasta París, donde fue vuelta a armar en la Exposición Universal de 1878.

La sección propiamente hindú incluye piezas de terracota, piedra, bronce y madera con las imágenes del complejo panteón bramánico, abarcando desde el tercer milenio antes de Cristo hasta los siglos XVIII y XIX de nuestra era. Algunos de los restos arqueológicos del sur de la India que se exhiben en las vitrinas revelan los nexos entre esa cultura y el Imperio Romano. En el resto de las salas dedicadas al Valle del Indo hay más arte budista e hinduista de las culturas Champa, en el antiguo Vietnam, y Sukhotai y Ayutthaya de Tailandia.

En la primera planta del museo está la biblioteca, donde llaman la atención de todo el mundo las miniaturas de Mongolia y las xilografías japonesas ukiyo (“mundo flotante”) del período Edo (1615-1868) que despertaron la admiración de los pintores parisinos en la segunda mitad del siglo XIX. Pero el verdadero interés de la biblioteca está en sus 100 mil volúmenes de arte antiguo y arqueología de Asia, además de una colección de mapas chinos de la Dinastía Qing y otra de fotografía etnográfica del siglo XIX con tomas hechas por las misiones militares francesas a Persia y Turquía. Entre los documentos musicales hay 2200 discos con grabaciones originales realizadas por las misiones etnográficas a mediados del siglo XX y también los registros de 180 grabaciones del Primer Congreso de Música Arabe realizado en El Cairo en 1931. También hay un millar de óperas chinas.

En el sector dedicado a los países del Himalaya están algunas de las obras más coloridas, como las thang-kas nepalesas y tibetanas (telas pintadas con imágenes budistas), y el arte procedente de la multinacional Ruta de la Seda inaugurada por los chinos del Imperio Han (siglo II a. C.) que llegaba hasta Roma. Entre ellas se cuentan los celebres marfiles descubiertos por el arqueólogo francés J. Hackin en Afganistán en 1937.

En la segunda planta del museo hay una deslumbrante colección de biombos japoneses y una casi infinita serie de cerámicas monocromas clásicas de China, Corea y Japón. Por último, están las salas de la colección japonesa que abarca desde los primitivos haniwa –unos cilindros de barro antropomórficos y zoomórficos– hasta las misteriosas máscaras de teatro “nó” y las sobrias pinturas sumi-e (“a la tinta china”).

Entre las novedades de la reinauguración hay una serie de obras que pudieron ser rearmadas gracias a las detectivescas pesquisas que se hicieron por museos de todo el mundo para recopilar los fragmentos de piezas descuartizadas por las depredaciones de los tiempos coloniales. Un ejemplo está en la colección de arte afgano, donde ahora se puede ver un pequeño Buda de piedra cuya cabeza estaba en Toulouse y el tronco en Luxemburgo.

Al recorrer el Museo Guimet la historia de las religiones orientales desfila como un vertiginoso zapping imposible de asimilar. Si bien hay mucho para aprender entre estas galerías, el mayor disfrute nace de la conmoción de estar frente a algunos de los testimonios más significativos del arte oriental; unas obras que encierran un ruinoso misterio y hacen soñar con un pasado inasible de paraísos perdidos. Al recorrer los salones es inevitable caer en la trampa de querer ver y recordar todo este caos de obras. Pero no se puede, como tampoco pudo el pobre Guimet en su sueño fáustico de burgués ilustrado, que aspiraba a encerrar todo el Oriente entre cuatro paredes.